

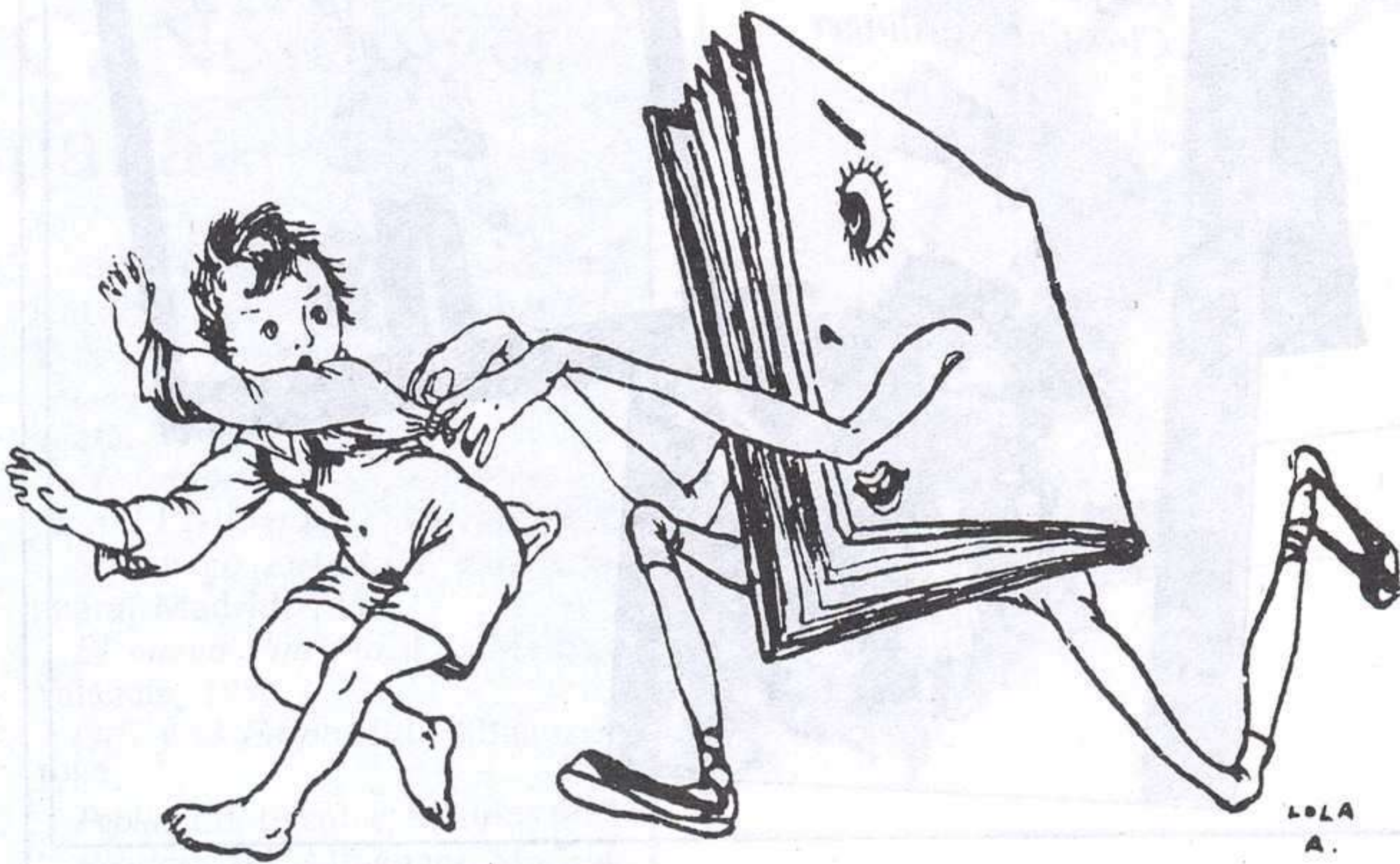
EX-LIBRIS

Primeras lecturas

por Marta Mata i Garriga

No es tan fácil ni sencillo como creía recordar mis primeros encuentros con el texto escrito, pero resulta más hermoso de lo que me figuraba. Giros, texturas, imágenes, comentarios, rincones, compañeros de aventura, aventuras, podrían formar un universo completo y cerrado en el recuerdo de los incitantes años (1931-35) de mi infancia libresca, pero ahora, describiéndolos, resulta que viven y continúan interpelando, más de medio siglo después, lo que ya serán últimos encuentros con el texto y con la vida.

Éramos —somos— cuatro hermanos; del mayor a la menor había cuatro años de distancia, y cabíamos los cuatro sentados en el suelo, alrededor de un montón de libros, ante una librería-vitrina de cerezo. En la parte alta, altísima, se divisaban tras los cristales, los lomos de libros muy serios: rojos, los de Verdaguer, verdes, los de Maragall, y sepia, los de Bernat Metge; colores distintos, pero que ahora sé de la misma gama: la del catalanismo militante literario que llenaba otros tres muebles en el piso de Barcelona donde vivíamos. La librería, justo sobre nuestras cabezas, tenía dos pomos de latón, de los que los



LOLA ANGLADA. EN PERET. ALTAFULLA

mayores tiraban para sacar o esconder un tablero-escritorio. En la parte baja, dos puertas rojas guardaban y entregaban a nuestra voracidad colectiva los tesoros de la literatura infantil.

Devorábamos todo lo que allí había; y para recordar los platos tengo que remitirme a unas peculiares discusiones sostenidas entre los comensales. Discusiones sobre los dibujantes en primer lugar, tratando de valorarlos mientras formábamos, reformábamos y deformábamos, sobre la marcha, criterios de realismo, de

belleza, de humor, de imaginación, algunos formulados en voz alta y con votos, y otros que yo no sabía formular y que, muchos años después, resultaron ser los más constantes. Criterios de niños, difíciles de expresar ante unos mayores que, de vez en cuando, soltaban anatemas contra los TBOs o sonrisas sobre las «Pàgines Viscudes»⁽¹⁾ que no comprendíamos.

Más dibujantes que autores en el recuerdo. Junceda, Lola Anglada, Llaверías, Obiols, Folch i Torres, Mallol-Lollam, Opisso, Castanys, Cornet,



LOLA ANGLADA. EN PERET. ALTAFULLA

Capmany, Serra i Boldú, me remiten al universo que en aquel momento giraba alrededor de la ración semanal de *Patufet* y de un conjunto de libros, de *L'Auca de les Bèsties* a *Lau*, pasando por todos los de Lola Anglada, que me traían los Reyes aún en tiempo de República, las traducciones de Carner y Soldevila, la colección de *Rondalles Populares* y las novedades presentadas con vehemencia por mi madre: *El Llibre de les Fades* de Rackham i Manent, la iconformista *Bibi*, los locos de *Tres al Pol*, y algunas primicias de Casona o Antoniorrobes.

Muchos compañeros de escuela traficaban con TBOs, Popeyes y Betty Boops de colores vivos y líneas rotundas, pero los cuatro hermanos teníamos nuestra fortaleza para defender-

nos, con la ayuda de maestros y concursos, y para hacer nuestros descubrimientos. El primer gran libro de la literatura infantil catalana moderna, *Les extraordinàries aventures d'en Massagan*, junto a sus inmediatos sucesores pertenecientes a un tío, aparecían en un estante de la casa de Tiana donde pasamos los primeros veranos. Y de otra época totalmente, la traducción de Julio Verne, con ilustraciones de Gustavo Doré, que heredamos de otro tío.

En Tiana tuve la experiencia de vivir realmente en los paisajes y entre los personajes que conocía a través de los libros de Lola Anglada, residente allí. Diría que la oportunidad de relacionar de una manera u otra lo vivido con lo leído y vice-versa, es una

experiencia que todo niño debería poder tener. Para mí los perfiles del Maresme, sus pinos y sus velas, sus caminos y animalillos, su arquitectura, personajes y giros de la pluma de Lola Anglada, me dieron la gran tranquilidad de sentirme como en casa dentro de los libros.

Importante ha sido también el leer a cuatro edades y cuatro personalidades incipientes, unos mismos libros. El tener padre, madre, tíos y abuelos muy leídos. El gozar de una escuela donde cada curso organizaba su biblioteca de clase. El haber asistido a la inauguración de la Biblioteca Popular del distrito dentro del recinto de la propia escuela, el «Grup Escolar Pere Vila». El haber entrado por primera vez en el gran templo de la Biblioteca de la mano de mi madre, que me presentó a la bibliotecaria. Vida, escuela, lectura y trabajo formaron un conjunto trabado, pero siempre abierto a nuevas perspectivas.

Perspectivas de grandes lecturas para mayores: *La Iliada*, de cantos dorados de Segalá, de la cual mi hermano mayor, repetía los grandes insultos: «¡Hijo de perra!»... Versiones completas, traducidas por Carner, de *Oliver Twist*, que me hacía llorar, de *Tom Sawyer* con el que me aterrorizaba en el cementerio, a los siete años, sin comprender el argumento...

Realidades de una lectura activa, indisoluble y dialécticamente ligada a la propia aventura de escribir. ¿Cómo pude narrar una conversación, antes de cumplir los seis años, con guiones de diálogos y apuntando: «...—respongué l'al·ludit.» («...—contestó el aludido»). Recuerdo la cara de mi parvulista indagando si yo misma sabía qué quería decir. Y la satisfacción de mi primera maestra de Primaria, unos meses después, poniendo como ejemplo el comienzo de mi redacción explicando la primera excursión escolar: «Ahir els companys i jo anàrem d'excursió al Mont Taber». Y los juegos con la poesía de Tomás Garcés, y el plagio que cometí con «La sopa de

farigola» de *Alicia en Terra de Meravelles*. La copié con buena letra, la celebraron como mía, y no tuve valor para desmentirlo hasta que mis hermanas pequeñas lo descubrieron. Fue mi primer gran pecado.

Algo ha tenido que ver también el texto escrito relacionado con la vida, en lo que a apertura a otras lenguas se refiere. Formada en catalán y en textos catalanes, pero libre y abiertamente, el castellano es para mí no una lengua impuesta, como se quiso que fuera negando otras lenguas en la escuela, sino una lengua amiga en la que pude encajar las vivencias infantiles de la guerra con palabras de Machado y recuerdos de Lorca, junto a *El més petit de tots* de Lola Anglada, y *L'auca del noi català antifeixista i humà* de Obiols. El francés, con la comprensión de Perrault, entonces, y las matizaciones de Paul Hazard en literatura infantil después, cerraba el triángulo románico que me permitía trabajar en italiano y en galaicoportugués «sin pena». Aprender a leer con los libros de los niños ingleses, me inició en esa apasionante lengua y puso las bases para el trabajo en didáctica de la lengua escrita, tan difícil para ellos.

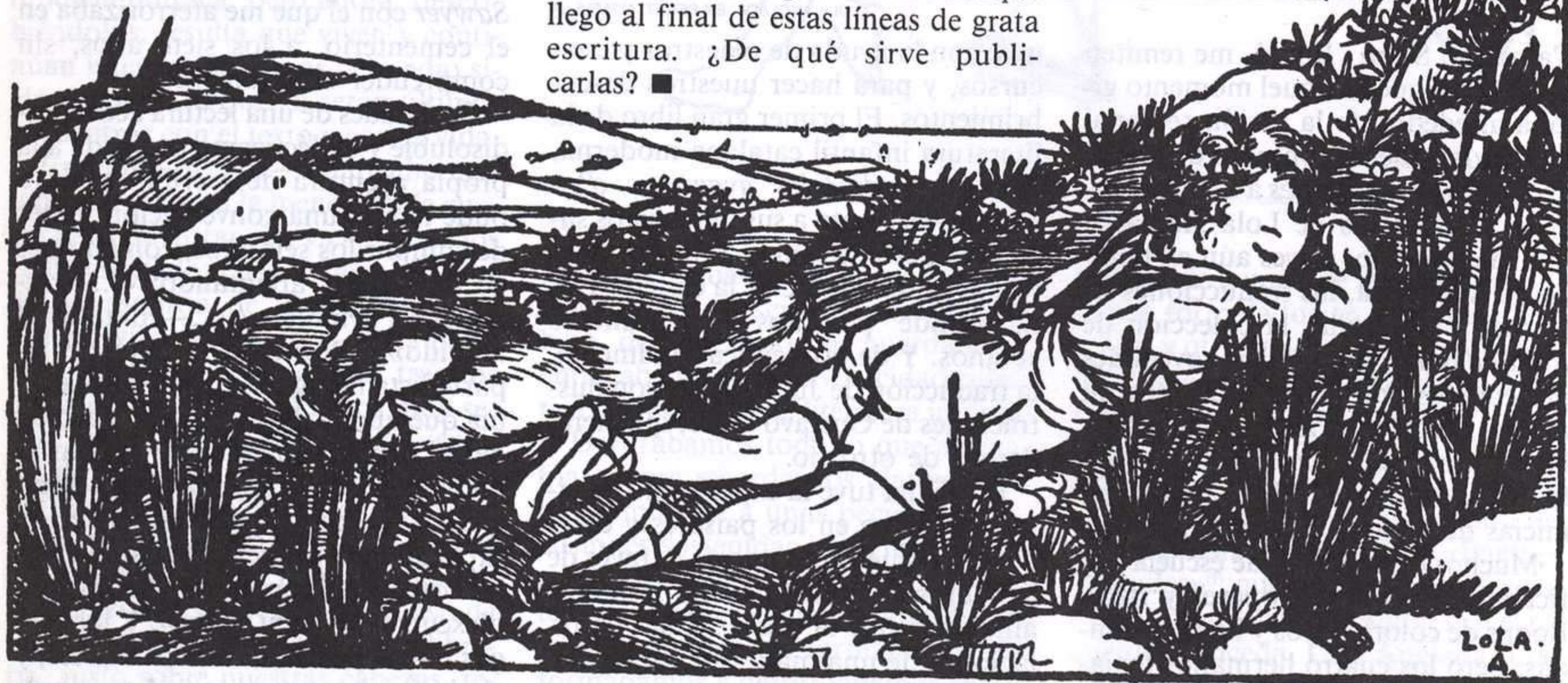
Supongo que toda esta historia es también la culpable de pecados posteriores. He contribuido a iniciar cuatro bibliotecas, la de Saifores, la de Santa Oliva, la de Talitha —ahora Orlandai—, y la de Rosa Sensat; una línea de orientación de la lectura infantil para la «Escola Activa de Pares», de la que continúa la publicación de «Quins llibres han de llegir els nens?»⁽²⁾, y una línea de didáctica de la lengua escrita en el Grupo de Trabajo correspondiente de Rosa Sensat. Iniciativas colectivas, que abandoné como madre desnaturalizada, pero cuya continuidad está ya afianzada y no dependen de mí. Otras acciones no afianzadas aún, como la de una correcta política de bibliotecas escolares, deben ponerse en la columna del remordimiento.

Debo ser culpable también de iniciativas individuales, la escritura de algún cuento, de algún breve texto pedagógico, de bastantes artículos, siempre, empero, con la penitencia incluida de la sensación de plagio. He de confesar finalmente que no sé si este recuerdo de primeras lecturas es un plagio, pero esa es la sensación que tengo, aunque sea la de plagio de la propia vida. He aquí el balance al que llego al final de estas líneas de grata escritura. ¿De qué sirve publicarla? ■

Notas

(1) Las *Pàgines viscudes* eran relatos cortos que Josep M. Folch i Torres publicaba semanalmente en la revista *Patufet* y que causaron gran impacto entre sus lectores.

(2) Ver *CLIJ* n° 1: LISSON y VALERI «¿Qué libros han de leer los niños?». Diciembre 88, pp. 14-19.



LOLA ANGLADA. EN PERET. ALTAFULLA